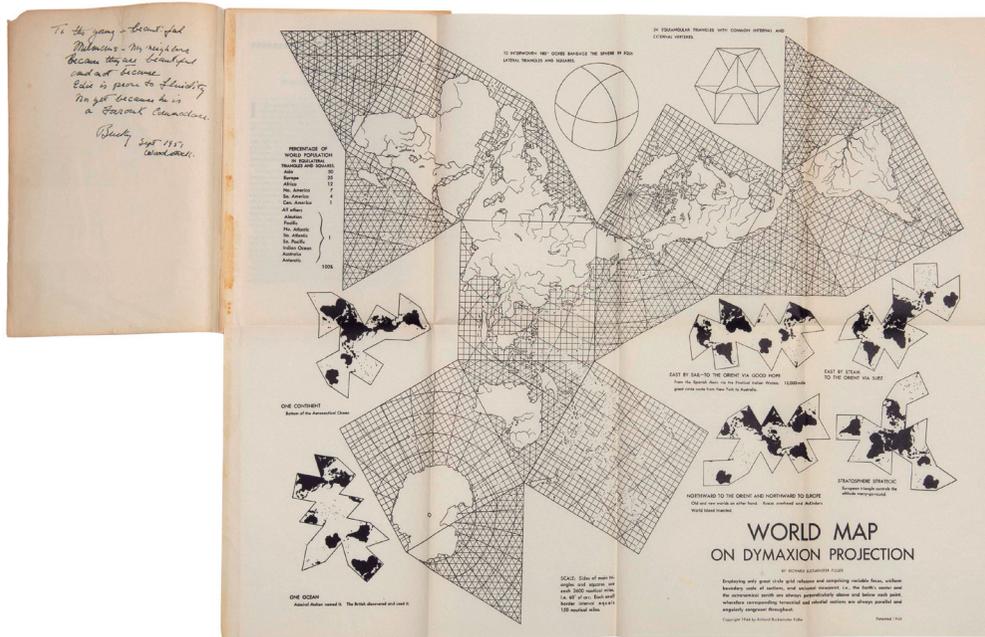


# Cartografía



Richard Buckminster Fuller, *Mapa Dymaxion*, 1946.

una roca plana y soleada donde se puede descansar y comer”, “El agua de esta fuente es especialmente fresca”. Etcétera.

Ya has hecho tuyo el mapa.

A continuación, sube a la montaña llevando contigo unas cuantas estrellas de tamaño grande, recortadas en papeles de colores. Guíate por tu mapa y coloca las estrellas de colores en los lugares indicados. O bien, si prefieres que tu mapa sea inexacto, coloca las estrellas varios metros más arriba y no en el lugar previsto. Ahora has hecho tuya también la montaña.

Para trazar un mapa de tu montaña predilecta, imagina la forma que emergió del choque de las plataformas tectónicas muchos millones de años atrás. Calcula los efectos del viento sobre la tierra; del agua, del paso de las gentes, de la explotación maderera. Necesitarás conocer las pautas de las corrientes de aire, las pautas de la lluvia, las pautas de la vegetación, la historia de la población, la explotación agrícola y la industria humana, así como las características de la roca de que la montaña está compuesta.

Tus cálculos, garabateados a lápiz, cubrirán hojas y hojas de papel, el reverso de muchos sobres, los márgenes de un periódico, y en nada se parecerán a una montaña.

Tú conoces el procedimiento para convertir tus cálculos en diagramas y la manera de obtener los vectores para moldear espacios sobre el papel.

Sin embargo, la montaña no aparece hasta que afrontas el reto y dibujas su forma, tenuemente al principio y después con trazos negros bien definidos.

Siempre ha ocurrido lo mismo con los cartógrafos: desde los primeros garabatos que dejaron en la pared de la caverna para recordar las pautas de migración de las manadas, siempre han trazado líneas y vivido entre ellas. (...)

En Babilonia, los grandes señores los contrataban para que, con sus afilados bastoncillos, dibujaran sobre tablas de arcilla mapas de los valles fértiles, mostrando las corrientes de agua y los bien apisonados senderos entre los campos de cereales. (...) Tolomeo reclamo su asistencia para los ocho volúmenes de su *Geografía*, encomendándoles la tarea de copiar nítidamente su lista de 8.000 lugares. Sobre sus mesas de la biblioteca de Alejandría, los nombres que ellos garrapatearon evocaban vastas extensiones de agua azul, las arenas coloreadas de diferentes puertos, los desplazamientos de flotas enteras de una parte a otra del Mediterráneo, las banderas flameantes en la popa de las naves, el diente roto en la boca de un marinero. En el Nuevo Mundo, los cartógrafos trazaron un plano de México y pintaron un mapa del golfo cuyas aguas jamás habían visto. Moctezuma entregó ambas cosas a Cortés a fin de que el conquistador pudiera desplazarse con mayor facilidad de una isla a otra, de una pirámide escalonada a la siguiente, y de este modo los mapas propiciaron la defunción de un imperio y el nacimiento de otro. (...) En 1554, Mercator enrolló la tierra y le dio forma de cilindro, oprimiéndola entre las palmas de las manos, moldeándola como si fuese una bola de arcilla. Cuando la extendió sobre una superficie plana, sus ayudantes presenciaron cómo los continentes se situaban exactamente en el lugar adecuado. Sobre aquellos continentes fueron trazadas pulcras líneas paralelas y perpendiculares. Cada vez más precisos, los mapas se hacen hoy por el procedimiento trigonométrico. Un avión vuela a 6.500 metros de altura y, utilizando tres cámaras dotadas de objetivos de gran ángulo, fotografía el terreno de horizonte a horizonte. Bajo la intensa luz de las lámparas del taller, los cartógrafos se inclinan y proyectan sus sombras sobre un mundo aplanado: fotos que demuestran los detalles más nimios (casas, coches, personas, perros) vistos desde arriba, trocitos de la piel de la tierra. En el futuro observarán desde una posición en órbita, dibujarán los continentes con láser y harán girar el globo en las pantallas de sus ordenadores. Cuando los cartógrafos salen de noche a pasear, salen a pasear por el mapa, pero la ciudad ha crecido en torno de ellos y los negros edificios interceptan ahora su visión.

Para trazar un mapa de tu montaña predilecta, sube primero a ella, luego camina a su alrededor, sigue la cresta hasta la montaña vecina, vuelve desde allí la vista a tu montaña y mírala de arriba abajo; retrocede siguiendo la cresta y sube a tu montaña por el lado contrario.

A continuación, dirígete al aeropuerto más próximo, contrata a un piloto y alquila un avión pequeño, o quizás un helicóptero, para volar por encima y en torno de tu montaña.

Toma fotografías desde el aire.

Recuerda todos los detalles que has visto, los ángulos en que has colocado los pies, los lugares donde la pendiente era tanta que necesitabas afianzarte con las manos. Cuando llegues a casa, haz una maqueta de tu montaña en arcilla roja, sólo recurre a las fotografías si te es imprescindible.

Aplánala.

Para trazar un mapa de tu montaña predilecta, examina los mapas de la montaña. Copia el que consideres mejor. Cuando lo copies, añade unos cuantos asteriscos de diversos colores y una clave de los colores al margen: “Desde aquí se puede ver mi casa en el pueblo de abajo”, “Aquí hay

